

taba concluir un bonito traje que estaba cosiendo cuidadosamente para estrenarlo en la fiesta religiosa del Jueves de Corpus. La habilidad de sus dedos de hada y su excelente discernimiento de lo bello, habíanle creado fama de modista entre sus amigas, que muy a menudo imitaban la composición de sus vestidos. Marta no se ceñía estrictamente a los figurines de los periódicos de modas parisienses, sino que, de varios, concertaba colores y adornos discretos, produciendo así un estilo apropiado al país y al clima, y que sin embargo no difería mucho de la moda europea; y siempre con una gracia y una elegancia que suscitaban la emulación.

Una compañera de estudios, que siempre le fue muy adicta, y deseaba hacer un vestido, salió con ella. Las dos iban cubiertas con sederos pañolones rosados; y muy animadas con la idea de que sus trajes serían primorosos, llegaron a la Avenida Central en el momento preciso en que Alfredo llegaba también; y ya fuese que él no las viera, ya que tal fingiese, no les rindió el sombrero. Aquello le pareció extraño a Marta, pero supuso que Alfredo iba distraído, así como creyó advertir que por la misma causa su compañera tampoco lo vio a él. Siguieron las jóvenes andando, y a poco juntáronse con otras pertenecientes al círculo de sus relaciones; y en la acera, cual en una antesala, trabaron palique en alta voz; los transeúntes podían enterarse de lo que se decían; a veces hablaban casi en secreto para comunicarse alguna nueva de los pollos conocidos. Al fin despidiéronse, y Marta se encaminó a una tienda de lujo, pero alicaída, con deseos de dormirse profundamente para ignorarlo todo, para escaparse siquiera temporalmente del mundo traidor. No pensó más en bordados, pasamanerías y encajes. Entre los secretos que al oído le soplaron, uno fue a su pecho como una lanzada: para matar un cabrito no es necesario tan-

to como para tender en el monte una danta. Le dijeron sin preámbulos, que Alfredo estaba ya en grandes con Felicia, en cuya casa, al pie de una de las ventanas, todos los anochececeres, con seguridad se le encontraría en sabrosa charla con ella. Y atando Marta la descortesía al cuento, confirmó sus temores: era entonces verídico cuanto sospechaba; mas ello no le produjo cólera ni rencor contra nadie, sino desencanto y tristeza. Momentáneamente la conversación de la tarde anterior con Luis había disipado sus prejuicios y la hizo concebir esperanzas, porque náufraga casi de sus pensamientos pesimistas, se asió a la expresión dubitativa de su hermano como a única tabla salvadora; pero todo estaba perdido si Alfredo era el novio de Felicia. No obstante, echó capa de indiferencia a su angustia y ayudó a su amiga en la elección de los géneros.

—Y tú, Marta, ¿nada compras? ¿No me dijiste que te faltaban algunas cosas? Le preguntó la compañera, observándola con atención.

—He resuelto cambiar de figurín. Contestó la interpelada.

Pero la verdad era, que ya le parecía inútil alistarse para la fiesta del Corpus, si no iba a lucir ante Alfredo sus galas. Ella, como las flores, ostentaba dulzuras, trajes primorosos y fragancia para atraer la linda mariposa o la abeja trabajadora. Y continuó:—Realmente no sé si será mejor el que viene en el periódico que me prestaste, y que discutimos...

—Pero si ya tienes cortado el vestido. ¿Qué vas a hacer? Pierdes el género; le repuso la amiga.

—Veremos. En último caso no lo hago, pagaré a hacerlo.

—Niña, qué ocurrencia; ni qué cambio de figurines! Tu determinación obedece a lo que te dijeron ahora...

—¡Adió, no! Eso no me interesa como crees. Bien sabes que Alfredo hace meses no tiene nada conmi-